

En el camino de la Misión Continental

No es fácil ser cristiano hoy

Pedro Trigo, s.j.*



En la época de la mundialización, el cristianismo por socialización no se trasmite. El ambiente actual no sólo no es buen conductor del cristianismo, sino que lo niega frontalmente. Hoy, muchos viven su fe como un asunto privado, casi como una particularidad personal

No es lo mismo vivir el cristianismo cuando el ambiente público está impregnado de nombres, fechas, referencias, acontecimientos, apreciaciones, valoraciones y propuestas cristianas, cuando hasta el mal se procesa como pecado y se lo tiene por tal –aunque estuviera muy extendido–, que vivir en cristiano cuando los distintos canales que configuran lo público, desde los líderes y las instituciones políticas hasta los medios de difusión masiva, pasando por los hacedores de símbolos y los ideólogos y, sobre todo hoy, los dueños del gran capital y las instituciones económicas, desconocen macizamente el hecho cristiano, incluso cuando aluden a él.

No es lo mismo porque en el primer caso se puede vivir del ambiente, o por lo menos se puede ser ayudado por él, mientras que en el horizonte actual, si uno no vive de sí, es decir, si no tiene personalmente asumida la tradición cristiana y su espíritu, a la larga deja de ser cristiano.

VIVIR EL CRISTIANISMO

Vamos a referirnos a lo que significa vivir del ambiente. No estoy pensando en quienes participaban de los actos de culto y de otras actividades más resaltantes como meros ingredientes de su socialización; me refiero a los muchos que vivían conforme a la definición de los seres vivos: por el intercambio simbiótico con el medio. Lo característico de este intercambio es que el individuo comienza recibiendo del medio y luego asimila lo recibido hasta convertirlo en vida de su vida. Eso pasaba con muchas personas que se sentían sinceramente cristianas: inspiraban el cristianismo ambiental, incluso, en el caso de que estuvieran muy interesadas en él, buscaban lo mejor que había en el ambiente, y, asimilándolo, lo convertían en vida. Por eso el talante de esos cristianos dependía de lo que se ofrecía en su medio. Por ejemplo, para muchos el Concilio fue una verdadera primavera espiritual; al aspirar ese clima, se sintieron tonificados y lo vivieron con alegría. Pero sobrevino el invierno eclesial y se fueron sintiendo desanima-

dos y tristes y su cristianismo decayó hasta volverse casi residual.

Así pues, esta posibilidad de vivir ambientalmente el cristianismo, que me parece la forma mayoritaria de vivirlo, no alcanzaba el grado suficiente de personalización como para que el cristiano fuera autónomo respecto de su ambiente, pero sí superaba la mera socialización, ya que, por la asimilación, lo recibido se convertía en vida propia.

Pues bien, esta posibilidad es la que hoy existe cada día menos. Por eso decimos que hoy a la larga sólo será cristiano quien lo sea de manera personalizada, hasta al punto que él sea fuente de cristianismo, tanto del suyo como del que irradia en su medio.

Pablo decía a los corintios (1Cor 15,46) que no es lo primero lo espiritual sino lo animal, es decir, que nosotros comenzamos siendo seres animados, que recibimos la vida espiritual en todos los aspectos, y, sólo si llegamos a asumir el paradigma de Jesús, llegamos a convertirnos en seres dadores de vida. Pues bien, éste es el problema de nuestra época: que, al no transmitir ambientalmente el cristianismo, hace muy difícil entablar el proceso que va de recibir la vida y la inspiración cristianas y elaborarlas, a tener uno en sí la fuente de la vida eterna y la mentalidad de Cristo y alimentarse desde dentro y animar a otros. Porque es muy distinto recibir incitaciones en una dirección cristiana o en una anticristiana, tanto en la familia, como en la escuela, en la calle, en la institucionalidad vigente, en la opinión pública, en el calendario de fiestas, en la vida social, en los símbolos vigentes...

REACCIONES POLARES

El ambiente actual, me refiero al de la dirección dominante de esta figura histórica, refractario y hostil al cristianismo, lleva a no pocos a vivir el cristianismo como un asunto privado, casi como una particularidad personal. De este modo su vida cristiana no entra en conflicto con el ambiente. Pero aceptar vivir así el cristianismo es castrarlo porque el cristianismo aspira a configurar todos los ámbitos de la existencia y, si se renuncia a esta totalidad, se lo vacía, porque se lo vive como algo meramente compensatorio, consolatorio, cuando el cristiano es un ser humano renacido que aspira a reconfigurar toda la historia. Otra tendencia es no decírselo a sí mismo y seguir como si no pasara nada, confinándose en ambientes tradicionales que resisten también en otros aspectos a la época. Otra tendencia más proactiva va en la dirección de responder configurando ambientes cerrados, corporativos, en los que se cultiva el cristianismo como señas de identidad para no sentirse sin hogar en este mundo sin corazón.

Hay que reconocer que una parte considerable de las parroquias son reductos de gente tradicional que, resistiendo a la época en otros aspectos, también la rechaza por no encontrar en ella un lugar para su vivencia cristiana. No pocos presbíteros no saben qué hacer en esta nueva situación; emprender una nueva evangelización personalizada les parece algo para lo que no están preparados, y por eso se van quedando confinados a esta clientela y también a atender la demanda de ritualidad que aún perdura.

Pero las parroquias renovadas y no pocos movimientos basan su éxito en la configuración de microambientes muy estructurados en los que bastantes encuentran un hogar y una propuesta cristiana que les dispensan del desabrigo casi inaguantable y de los riesgos de una vivencia cristiana desde la autonomía personal en este mundo que desconoce el cristianismo y que desgasta la fe.

Otra posibilidad, realmente alternativa, consiste en vivir personalmente y encontrarse con condiscípulos y hermanos en Cristo y caminar juntos en comunidades abiertas y solidarias en las que los cristianos se reconozcan y apoyen, y desde las que propongan alternativas a la vivencia ambiental.

ALTERNATIVA SUPERADORA

Ser cristiano implica, pues, vivir en este mundo (en esta humanidad real) sin ser del mundo (de este orden establecido) y precisamente por solidaridad a la humanidad concreta. Implica vivir una vida alternativa ya. Y desde esa vida alternativa, luchar por transformar este orden de muerte en uno biófilo.

La vida alternativa es una vida vivida en obediencia al Espíritu de Jesús. Esta vida tiene tres expresiones básicas. Ante todo nos lleva a contemplar a Jesús de Nazaret para seguirlo, nos lleva a que él sea el único Señor de nuestras vidas, a investir su humanidad, su mentalidad, sus actitudes, su modo de relacionarse. Esto entraña que no nos definamos como individuos sino como discípulos, no como de nosotros, en nosotros y para nosotros sino como del Señor. Esto no va de suyo en este mundo individualista.

Nos lleva también a ponernos en manos de Dios como nuestro Padre materno, a confiar irrestrictamente en él, a vivir abiertos a su iniciativa sobre nuestras vidas. No podemos vivir ni inclinándonos servilmente ante el soberano celestial y estar secretamente resentidos por su poder omnímodo ni buscar quedar bien con él. Tenemos que vivir de fe en su amor incondicionado. No es ésta la actitud que dimana de unas reglas de juego en las que se impone el poder anónimo y despiadado y uno busca la autarquía o participar algo de él, acatándolo.

Nos lleva, además, a los demás, a vivir abiertos a ellos, con ellos, de cara a ellos, de tal manera que, al afirmarnos a nosotros mismos, afirmemos también a todos los seres humanos y que los afirmemos precisamente como hermanos en el Hermano universal Cristo Jesús. En la dirección dominante de esta figura histórica, el ser humano como ser humano no cuenta. Sólo cuentan los amigos y los enemigos. Los demás, los desconocidos, no existen. Y sin embargo en esta época de mundialización, en la que todos estamos en la presencia de todos, es fácil constatar si yo cuento sólo con los míos o si me siento ante todo como un ser humano abierto y solidario de todos los seres humanos.

LA VIVENCIA EN LA COMUNIDAD

Quien, siguiendo a Jesús, se esfuerza en vivir como hijo y hermano, se encuentra en el camino con otros que apuestan la vida en esa misma dirección. Estas personas se encuentran y, a la vez que experimentan la alegría del reconocimiento, sienten que esa relación les confirma en ese camino y les ayuda a transformarse viviéndolo. No sólo eso, también van sintiendo que la vivencia cristiana los lleva a configurar una verdadera fraternidad. Es decir que no sólo es un medio para conservarse cristianos esponjada y dinámicamente, sino un modo de vivir que dinamiza directamente de la estructura relacional del propio cristianismo. Cada persona va sintiendo que éstos son los hermanos y hermanas que Dios le dio, hermanos en Cristo.

Si vivir según el santo evangelio no es su lazo de unión, lo que queda es amiguismo o agrupaciones por proveniencia y cultura o, a lo más, espíritu de cuerpo. La vida según el santo evangelio es una vida alternativa.

La vida según el evangelio es la fraternidad. Esta fraternidad, que no está basada en la carne ni la sangre, es rigurosamente trascendente. No hay nada en esta historia que la haga nacer. Los cristianos somos hermanos en Cristo: si él es nuestro hermano mayor, nuestro guía, nuestro señor, todos nosotros somos hermanos (Mt 23,8).

Si lo que une es el santo evangelio, la comunidad es abierta, no sólo en el sentido de que está abocada a la misión sino de que se constituye en embrión del mundo fraterno de las hijas e hijos de Dios. Si la comunidad no suscita comunidades, es que no es evangélica sino fundamentalista, un comunalismo más de los que produce esta época como reacción no superadora al individualismo disolvente.

En esa vivencia comunitaria, estos cristianos se reconocen en el seno de la Iglesia. Es, pues, una comunidad de discípulos en torno a su Señor y en unión fraterna con las demás comunidades, aceptando la guía de los pastores que han recibido el encargo de servirles en orden a

que se mantengan como de Jesús y que obedezcan al impulso múltiple y coordinado del Espíritu. Los miembros de estas comunidades nunca pierden la autonomía, pero la ejercen como discípulos y condiscípulos.

¿QUÉ ES LA MISIÓN?

Así pues, hemos establecido que, en esta situación que no sólo no transmite ambientalmente el cristianismo sino que contradice frontalmente la mentalidad, las actitudes y la propuesta cristianas, antes que pensar en ninguna misión, hay que entablar el proceso de vivir de fe, puestos en las manos de Dios como verdaderos hijos, de seguir a Jesús atraídos por el peso infinito de su humanidad y de estar atentos al movimiento del Espíritu en nosotros y en nuestra situación para secundarlo. Este proceso entraña una verdadera conversión.

Nuestra propuesta es que los católicos latinoamericanos debemos concentrarnos en este proceso. A medida que avancemos en él, nos encontraremos en el camino con hermanas y hermanos y marcharemos juntos en fraternidades abiertas. Estos cristianos, verdaderos testigos, y estas comunidades, embrión del mundo fraterno de las hijas e hijos de Dios, evangelizan con su vivencia alternativa y con sus propuestas alternativas, en los diversos aspectos de la vida, en la dirección del Reino. Esto es lo que significa hoy evangelizar con obras, que fue el primer modo que tuvo Jesús de evangelizar (Hch 1,1).

Además estas personas y comunidades constituyen una pregunta constante para su entorno: ¿quiénes son éstos que viven tan humanamente y que llevan a cabo propuestas tan deseables, aun en medio de su exigencia? ¿Qué fuerza los impulsa para que puedan vivir en paz y con plenitud, aun en medio de sus limitaciones, con esa libertad liberada? Estas personas están dispuestas en todo momento a dar razón de su esperanza a todo el que les pida explicaciones y a hacerlo con suavidad y respeto (cf 1Pe 3,15).

Además estas personas están tan contentas y agradecidas por este tesoro escondido que el Señor les ha revelado, que no se lo quieren guardar para sí y, además de responder a quien les pregunta, ellos mismos comunican esta buena noticia, tanto a quienes en su entorno ven propicios a recibirla o necesitados de ella, como a la opinión pública. Pero todo eso, sin avidez, sin afán proselitista, sin ningún deseo de señorear a nadie ni adquirir notoriedad o poder.

Creemos que por ahí tendría que ir la Misión Continental. Más aún con alegría podemos decir que ya está yendo de un modo capilar, como la semilla de mostaza.

* Miembro del Consejo de Redacción.